



Artículo:

Luis Antonio de Villena



MARÍA ZAMBRANO, LÚCIDA ENSIMISMADA

Alguien le podría haber tratado de hechicera del “logos”, porque aparentemente en María (y con voluntad) la inteligencia debía darse la mano con el misterio. La ví pocas veces –desde su vuelta tardía del exilio, vestida de blanco- pero siempre me impresionó: parecía una Sibila con mala movilidad, que fumaba casi sin cesar cigarrillos en su amplia boquilla, y que desde el piso que le habían puesto frente a El Retiro –creo que con menos gatos de lo que se decía- parecía en perpetua posición de asomarse siempre en sondeo de abismos...

Recuerdo un día (un teatro de la calle Alcalá) saliendo de un concierto de Amancio Prada. Casi no podía andar, la llevaban algunos fieles medio en volandas y ella, al cruzar sus ojos quiméricos y aguados con los tuyos – siempre como una sombra negra- te observaba como si te transmitiera pensamientos órficos, y al tiempo mismo aguardara tu compasión, tu sublimada comprensión, la honda ternura que pide la dama herida que ha viajado, sorteando planisferios de la mente... Dicen que hay una María Zambrano primera, discípula esencial e inteligente de Ortega, y otra posterior (tras los exilios, tras Lezama Lima) que es la reina onírica, y a ratos algo abstrusa de los “Claros del bosque”. Además de eso, siempre

recuerdo un libro biográfico de Zambrano, que leí con hechizo: “Delirio y destino”. ¡La define en tan alta medida!

Un día le telefoneé –últimos años 80- para verla, llevarle un libro y charlar un rato en su casa. Salía menos que poco. Argumentó, con su voz suasoria y caritativa, que esa tarde acudiría un “chico” de “El País” para hacerle una entrevista. Como le conocía, no me importó coincidir. Y tal azar, me valió supongo que al albur, entrar en la cueva de Alí Babá de su discurso, rico, lleno de meandros y encendido de piedras nobles...

Claro es, merodeamos por muchas plazas frente al atardecer de El Retiro (moles arbóreas) y el incansable humo de la boquilla; María, artrítica, entre los almohadones y la pasmina, pero la entrevista tenía que ocurrir y el periodista –con algunas notas para no caer en lo obvio- se puso a ella... Era (debía ser) elíptica. Y yo me sentí, embargado, navegando, no por las palabras, sino por el tono, a ratos de mantra, a ratos alucinatorio, y siempre, siempre, fuera del recinto:

-¿Y qué fue para usted el tiempo de Roma, María?

Inspiraba hondo el tabaco y soltaba despaciosos el humo:

-¿Roma? Roma es todo. Pero, cómo revelarlo. Quizá como las calaveras de aquella cripta con arciprestes u obispos... El hombre está donde está y no lo está, al tiempo. Busca y resbala. Y cuando cree ya tener prendida la luz acechada, se percata de un carámbano, un frío profundo, bien es verdad, pero también iluminado... Roma nos lleva por sus pasos (y los nuestros) al ser y al no ser, y nos ofrece la contradicción viva como en

copa de granates. No buscas a Roma en Roma, peregrino, Roma está en ti y te ata y te encuentra...

-Se habla en usted del pensamiento iluminado. ¿Está de acuerdo?

- Igual daría estarlo que no, ¿no es cierto? El pensamiento es un águila caudal, y si vale y actúa es porque nos pertenece, nace de nuestras falanges, pero nos sobrepasa. ¿Podría llamarse pensamiento a lo que no lograra sobrepasarnos, y en cierto actuar, con creces? Oh, yo me hundo en la fuente del pensar, del “logos”, desde los presocráticos a Heidegger (recuerde “el hombre es el pastor del ser”) y noto perfectamente cómo la tormenta me vapulea o socava pero asimismo –y sin transición- me construye, me pone donde no hay, para darme un cúmulo de riquezas que puedo rapiñar con los dedos, incluso menos dúctiles... Él me encumbra y enaltece, sin perdonar mi miseria.

No exagero –no lo podría hacer- durante más de una hora, con su calma y subrayada oralidad, María fue trenzando “claros del bosque” (supongo que podemos llamarlos así) aunque quizás el periodista algo bisoño pensó que no contestaba a ninguna de sus preguntas y que muy poco –si algo- podría hacer con todo ese material. Había “el chico” llevado un libro para que María Zambrano se lo firmara. Se lo tendió al borde del sofá, hasta el que ella se había arrastrado, y María volvió a permitir que sus ojos hondos y delicados se ahogaran en caridad y delicuescencia:

-No sé si podré hacerlo, tengo las manos tan mal. No escribo, dicto.

El periodista se excusó y procedió (iba a proceder) a retirar el libro. Pero, súbitamente, ella pidió que se lo dejara, que lo iba a intentar. Tomó un bolígrafo con las manos nudosas, como fértiles serpientes enmaderadas, recias, y sin que llegáramos a salir de nuestro asombro, cubrió la hoja en blanco (y con cierta celeridad) de caracteres redondeados, en letra de mujer, más bien grandes y bien hechos. Había podido y con creces. El periodista se marchó y yo permanecí un rato más con ella, mientras se cerraba la noche, pero sin olvidar el discurso mago que había presenciado, casi imparable. La Sibila de Cumas custodiaba las puertas, y navegaba por el lenguaje como los navíos de vela latina por el Tirreno. Acaso no era preciso entenderla bien. Bastaba el remojo, la inmersión, la fiesta. Los ojos de la caridad agonal, encendidos.

Besé su mano al despedirme.

-Vuelve cuando quieras. ¿Ves a Ullán? Dale recuerdos. Le duele, a veces, pero es inteligente.

Nunca El Retiro (enfrente) me pareció más misterioso y más radicalmente brillante. María fumaba en la gruta del cielo.